

La verdadera ayuda, sincera y desinteresada que se preste al gobierno, no debe consistir ni en censurar por hábito, provocando disenciones, ni en alabar por hábito provocando el servilismo. Debemos colocarnos en un justo medio y proponer a los encargados de la administración pública todo aquello que creamos que tienda al beneficio del pueblo y combatir de una manera decidida y resuelta la apatía de dichos encargados, por lo que concierna al mejoramiento social.

No es solo el gobierno el único responsable de las condiciones sociales de los pueblos, en ellas tenemos también responsabilidad cada uno de los miembros de la República. La mejor manera de exigir que se cumpla con el deber, es principiando nosotros mismos por cumplirlo y poner todos los medios de que dispongamos en nuestra esfera de acción, para mejorar las condiciones morales del pueblo, principiando por mejorar nuestras propias condiciones.

Nuestro deber como ciudadanos es vigilar porque se cumplan y se respeten las leyes y se den a cada individuo las garantías necesarias para el ejercicio de sus derechos. Nuestro deber como patriotas, es algo más, es combatir todo lo que tienda a esclavizar la conciencia de los individuos, es combatir todo aquello que sea un obstáculo al progreso, es nuestro deber principal, como patriotas, luchar por estrechar los lazos de nuestra nacionalidad y sacrificarnos para conseguir que el amor a todos los mexicanos, sin distinción de creencias ni categorías sociales, deje de ser una quimera y se transforme en la augusta realidad que nos convierta en hermanos, unidos

ante los destinos del país e invencibles a las preparaciones y a los ataques del enemigo.

Para ser patriota no basta ser ciudadano, es preciso además, sentirse digno de la Libertad y sentirse capaz del sacrificio por el bien del pueblo.

Para ser patriota no basta ser ciudadano, es preciso ser apóstol.

Al cumplir nuestros deberes como ciudadanos, cumplimos sólo parte de nuestros deberes como patriotas. Después de ir a las urnas electorales, debemos ir a los talleres y a las escuelas para ver las deficiencias de la vida escolar y de la vida del obrero, a fin de luchar porque se mejoren sus condiciones como base para realizar nuestra regeneración nacional. Después de haber ido a los campos de batalla, asistimos hoy a los campos del trabajo y del saber, para luchar porque se mejoren unos y otros y tengamos escuelas donde se forme el carácter nacional, y talleres donde se aprenda a amar a la Patria, y así los educandos y los obreros rindan homenaje solemne a los héroes y entonen el himno gigantesco del trabajo cuyas notas harán conmover las tiranías más poderosas y caer por tierra las tradiciones más arraigadas que hayan encadenado al pensamiento.

Venimos de los campos de batalla, hemos avanzado dejando a nuestra espalda lagos de sangre, y si permanecemos con los brazos cruzados, callados e indiferentes ante los destinos de nuestra Patria, no habremos hecho nada en bien de la civilización y del progreso, habremos únicamente sembrado el exterminio y fundado el terror con el fin de satisfacer nuestras ambiciones de mando. Es preciso seguir en la lucha,



ayer con la espada, hoy con la pluma; ayer con la fuerza, hoy con el pensamiento, hasta no conseguir vencer, no a nuestros enemigos, sino a los enemigos del pueblo y fundar sobre las bases de un mejoramiento material, fundar sobre la repartición de libros y sobre la repartición de tierras, los principios incommovibles de nuestro engrandecimiento.

Además del problema agrario y del problema de la educación nacional, es preciso resolver los problemas geográfico-económicos que se imponen para la mejor organización del País, los problemas relacionados con la Ley Electoral, los que se refieren al orden administrativo, al orden penal, al orden civil, al orden religioso, y los concernientes a la organización del Ejército Nacional. Y si esperamos que el Gobierno lo haga todo y lo resuelva todo, volveremos con nuestra apatía a contribuir al atraso contra el cual nos propusimos combatir.

Urge, pues, la organización de una *Asamblea Nacional Revolucionaria* que discuta las reformas necesarias para conseguir nuestra Regeneración Nacional y, una vez aprobadas, sean presentadas al C. Presidente de la República y constituyan la plataforma política del Gobierno, como digno encargado de vigilar y hacer cumplir los intereses de la Revolución.

Como revolucionarios, hemos triunfado; pero la Revolución aún no triunfa. **COMO CIUDADANOS CUMPLIMOS NUESTRO DEBER AL ORGANIZARNOS EN EJERCITO PARA SALVAR LA LEY, CUMPLAMOS HOY NUESTRO DEBER COMO PATRIOTAS, ORGANIZANDONOS EN PARTIDO REFORMADOR, PARA SALVAR LA CIVILIZACION.**



## Las Elecciones para Presidente de la República.

DE México nos ha traído el Telégrafo la noticia de que pronto se convocará a una Asamblea Nacional Revolucionaria, que tendrá por fin principal discutir lo relativo a las elecciones presidenciales, para convocar a ella. A este respecto podemos desde luego emprender una campaña en nuestro humilde periódico, que tenga por fin orientar la voluntad popular y para no encontrarnos solos en esta tarea, hacemos un llamamiento a la Prensa Constitucionalista, a fin de que tome en consideración nuestras insignificantes propociones, y labore en el sentido del bien nacional, unificando la opinión pública sobre un asunto de tanta trascendencia como es el de las elecciones para Presidente de la República.

El presidente de la República que sea electo popularmente, estará encargado ante todo de vigilar y hacer cumplir, todo aquello que se relacione con los intereses de la Revolución, y de aquí, que creemos que el nuevo Presidente, deba de reunir las cualidades siguientes:



- 1<sup>a</sup>—Haber sido Revolucionario.
- 2<sup>a</sup>—Tener prestigio en el Ejército.
- 3<sup>a</sup>—Ser de reconocidas dotes administrativas.
- 4<sup>a</sup>—Ser de ideas radicales en lo relativo a los anhelos de la Revolución.
- 5<sup>a</sup>—No haber desempeñado ningún puesto público en las administraciones de Díaz y Huerta.
- 6<sup>a</sup>—Ser liberal.
- 7<sup>a</sup>—No tener compromisos con el partido Científico, y
- 8<sup>a</sup>—Aceptar como programa de Gobierno, el acordado por la Asamblea Nacional Revolucionaria.

El más grande de los errores que hemos cometido, es el haber confundido la Revolución con la Política, y haber aceptado siempre para Presidente de la República al Jefe de la última Revolución.

Esto ha dado lugar desde la época de Santana, a que para aspirar a ser Presidente de la República, sea preciso antes aspirar a ser Jefe de alguna Revolución, sin cuyo requisito ningún Mexicano ha tenido derecho a trabajar en las lides políticas en Pro de determinada candidatura Presidencial.

El período que hemos atravesado desde hace más de medio siglo nos pone en condiciones de compararnos con los pueblos poco civilizados, que buscan para Jefe al individuo más apto para organizar Revoluciones y mandar Ejércitos.

Ignoramos que fuera del Ejército y fuera de la Jefatura Revolucionaria, haya ciudadanos capaces de regir los destinos de nuestra Patria, y cuando no los vemos metidos en uniformes militares, llenos de charreteras y condecoraciones,

batiéndose en los campos de batalla, dudamos de que es apto para desempeñar la primera Magistratura.

Con nuestra costumbre hemos nosotros mismos prostituido al Ejército transformándolo en partido político, y hemos con nuestras mismas costumbres prostituido las Revoluciones transformándolas en movimientos políticos.

En 1860 fué disuelto por Ocampo el Ejército de aquel entonces, y el Ejército Revolucionario se transformó en Ejército Nacional; bastó solo 54 años, para que el Ejército Revolucionario organizado por el Presidente Juárez, degenerara hasta el grado de imponerse hoy la disolución de dicho Ejército como medida salvadora, y a dicha degeneración el pueblo ha contribuido dando su voto para que rijan sus destinos los Jefes del Ejército. El pueblo pues ha obligado a los militares a que vean en la política el único medio de conseguir su ascendiente en la esfera social, y si continuamos en la misma tarea, quizás dentro de otros 54 años, nuestros sucesores pidan la disolución del Ejército que hoy formamos, como ahora pedimos la disolución del que fué formado en 1860.

Urge pues combatir la rutina que solo ha traído el desprestigio de la Nación, y procuremos quitar al Ejército toda influencia en la política.

El hecho de elegir para Presidente al Jefe de la última Revolución, ha traído los más grandes trastornos para el País y ha despertado la idea de que el único medio para ser digno de la primera Magistratura, es organizar Revoluciones.

1020002084



Hoy debemos iniciar la nueva era de nuestro verdadero engrandecimiento, y nuestra verdadera Regeneración Nacional, combatiendo tan nefasta rutina.

Desde el punto de vista del interés particular a muchos convendría que el actual Jefe de la Revolución, sea Presidente de la República, porque esperan de él decidida protección, y tal vez con esta mira, desde hace tiempo se incorporaron a las filas, y han procurado servir lo más cerca que les ha sido posible del C. Primer Jefe, con el fin de ser así considerados por él, y de esperar la recompensa, seguros de que al triunfo de la Causa, el Jefe del Ejército fuera Electo Presidente de la República. En el medio a que hacemos referencia, se encuentran algunas personalidades que se opondrían a nuestra idea, pero estamos seguros de que encontraremos el apoyo de los que han servido a la República sin esperar más recompensa que la gratitud del pueblo. Esta vez por lo tanto, creemos oportuno dar una lección a todos los que con miras bajas se afiliaron al Ejército, no con el propósito de servir a la Patria, sino con el fin de servir a D. Venustiano Carranza.

Tal vez muchos reconozcan a la persona que sin pertenecer al Ejército, pueda desempeñar el alto puesto de la Primera Magistratura, pero cegados por el interés particular, desconocen los méritos de los elementos que siendo Revolucionarios, no *sean* militares, y cifran todas sus esperanzas en quien ha sido dignamente Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y se obsecarán en darle la investidura de la Presidencia de la República.

Quisiéramos que haciendo abstracción de todo lo que en lo particular nos convenga, buscáramos de una manera desinteresada e imparcial, el Primer Ciudadano de la República. Con ello daremos un ejemplo al mundo entero, de que no hemos servido a una personalidad al constituirnos en Ejército Revolucionario para combatir la tiranía, sino que hemos servido a una Causa, y seguiremos sirviendo a ella porque nuestra misión no ha sido derrocar un Presidente para poner otro, sino derrocar una tiranía, para salvar el honor de un país y los derechos de un pueblo.

La misión de los Revolucionarios que nos han precedido se ha reducido a llevar a la Presidencia al Jefe que los ha guiado. Nosotros tenemos una misión mas alta que cumplir; la aspiración Nacional no es ni ha sido quitar el poder al usurpador Huerta para hacer entrega de él al C. Venustiano Carranza; la aspiración Nacional ha sido combatir a los enemigos de la Patria, para conseguir la regeneración del pueblo por medio de leyes que mejoren su condición material y moral.

Con el cambio de personalidades en la Administración pública no se remedian los grandes males que afligen a la sociedad, necesitamos permanecer armados conservando a nuestro Primer Jefe en el Ejército, y encargarle los destinos del país a distinta personalidad.

Apartémonos de los perjuicios y de las tradiciones, para investir con la Primera Magistratura, a quien no haya llevado la dirección del movimiento Revolucionario.





## El Problema de la Paz.

---

DESDE hace cuatro años el problema de la paz nacional no está resuelto, ni podrá resolverse mientras tengan influencia en el Gobierno los elementos que formaron parte de la administración porfiriana, la razón es obvia, don Porfirio fundó en México la escuela del terror y casi llegó a convencernos de que no podíamos ser gobernados sino por medio de la espada, mientras que los ideales del partido demócrata que derrumbó la tiranía porfiriana, están en contradicción con las teorías de paz de los elementos de la caída monarquía. Para don Porfirio y sus aláteres no había más medio de pacificación que el de la fuerza. Para D. Francisco I. Madero y sus partidarios no hay más medio de pacificación que el respeto al derecho individual.

En los pueblos primitivos no pudo mantenerse el Gobierno sino obligando a los gobernados a la sumisión incondicional.



Para los pueblos modernos no puede mantenerse el Gobierno, sino obligándolo a la sumisión incondicional de la voluntad nacional.

Nuestra patria, bajo el régimen porfiriano, vivió la época primitiva de los pueblos. Las libertades individuales fueron un paliativo con que aplacamos nuestras desgracias sociales y la República fué un mito. No había más justicia que la voluntad del sátrapa, ni más ley que la espada profanadora del entronizado; no se tenía el derecho de hablar ni aún el derecho de creer, porque los LIBRE PENSADORES fueron perseguidos, y aun llegamos a la amarga convicción de que en nuestro propio país tenían más derechos los extranjeros que los que se nos concedían, y fuimos los extranjeros de nuestra patria.

A la voz del apóstol Madero se levantó el pueblo pidiendo en un solo grito las libertades que se le habían negado y reclamando ante la humanidad sus derechos como hombre y como ciudadano.

Es ley sociológica que después de una larga opresión, los pueblos pasan al libertinaje y una vez derrumbada la tiranía y establecido el Gobierno democrático, no se usó de la libertad, sino que se abusó de ella. Era precisamente la consecuencia del gran deseo que teníamos de hacer uso de nuestros derechos; por eso se gritaba, haciendo alarde de libertades mal entendidas y los opositores traspasaron los límites marcados por la honradez y la dignidad, y llegaron a la calumnia y a la sedición pública. Impunemente en la mismá capital del país y dentro de los

gobiernos de cada Estado se hacía propaganda anti-Gobiernista y el Gobierno se declaró impotente para contener la avalancha opositora y no pudo callar la blasfemia ni hundir la sedición, porque aquel libertinaje, era un fenómeno sociológico-deribado de la larga tiranía porfiriana.

Ya lo hemos visto en otros pueblos, que después de un despotismo que se derrumba, sigue una época de desórden y anarquía. Dicho desorden y dicha anarquía no han sido estados patológicos de los pueblos, sino una manifestación viva, elocuente y palpable de que las sociedades, no pueden pasar de un estado de esclavitud al de la libertad, sin que tengan para ello que sufrir trastornos consiguientes al uso de los derechos que no habían conocido sino en teoría. El aprendizaje del uso de los derechos ha costado a cada pueblo muchos años de guerras intestinas.

Considerando la tiranía de que fuimos víctimas durante el Gobierno de Porfirio Díaz, comprendemos desde luego que no hubiéramos podido pasar al reinado de la paz, basado en el uso de los derechos sin que hubiéramos aprendido a precisar el límite de nuestras libertades, apreciando las consecuencias de nuestro libertinaje.

El cambio de Díaz a Madero era el cambio de la sombra a la luz.

Durante largos años, vivimos en la sombra, nuestras iniciativas eran vedadas, nuestras fuerzas se agotaron, nuestra inanición nos llevaba a la muerte, antes de morir nuestro organismo social sufrió las convulsiones de la agonía y aquellas convulsiones bastaron para ahogar en



sangre la fuerza opresora. Se hizo la luz, contemplamos absortos el sol que antes nos cegaba, sentimos arder en nuestras venas la belleza infinita de la aurora, nos erguimos y entramos con pié firme al imperio de la luz.

Con nuestros esfuerzos en 1910, no llegamos sin embargo a un triunfo definitivo, la revolución entonces quedó suspensa y los partidarios del despotismo, todos los elementos heridos que habían caído por tierra, vencidos por la fuerza del pueblo, proclamaron venganza y a la lucha armada siguió la lucha intelectual, después, vino de nuevo la lucha armada y los vencidos, llegaron al fin de una larga serie de traiciones y asesinatos, a conquistar el poder. Los elementos patriotas sin esperar llamamiento alguno, emprendieron la contienda en contra la de nueva tiranía. Se hizo la lucha, era la lucha entre los acaudillados por don Francisco I. Madero y los acaudillados por Porfirio Díaz, a pesar de que el viejo expatriado expiaba sus crímenes allende los mares, y a pesar de que el Apóstol del pueblo había sido muerto, pero no vencido.

La nueva contienda entre Carranza y Huerta, no tenía nada más que procedimientos nuevos, los elementos de uno y otro, fueron los elementos de Díaz y Madero.

El hombre es un incidente.

Huerta era el despotismo, era la restauración del régimen porfiriano. Carranza era la democracia, era la restauración del régimen maderista.

Huerta era la espada. Carranza era la razón.

En esta vez el triunfo estuvo, como en 1910, de parte de la justicia; pero la paz sigue sien-

do un problema. Después de la revolución de 1910 no tuvimos paz, porque se dejó en pié al enemigo, después de esta revolución, no tendremos paz si de nuevo se tolera al enemigo.

Es cierto que los intereses materiales del movimiento revolucionario tendrán mucha influencia en la resolución del problema de la paz, pero antes es preciso satisfacer los intereses morales que la revolución persigue, porque los hombres de hoy sabremos apreciar más la Justicia que un pedazo de tierra. Así pues, creemos que la paz sea un hecho cuando se haga justicia, y esta consiste en primer término, en castigar a los enemigos del pueblo.

Si se halagara al pueblo con tierras y puestos en el Gobierno, sabría en todo caso renunciar a las tierras y a los puestos para permanecer con las armas en la mano pidiendo justicia.

El problema de la paz seguirá siendo pues un problema eterno mientras perdure la injusticia.







## La Política y la Revolución.

---

**E**NTRE un movimiento político y un movimiento revolucionario, hay una profunda diferencia, y han estado en un error, los que han confundido un movimiento con otro.

En política se trata de contemporizar con los elementos de los distintos partidos, a fin de aprovechar, para el bien general del pueblo, lo que haya de más útil, en cada uno de ellos.

Un movimiento revolucionario, tiene por mira, combatir a las partidos opuestos, con el fin de hacer prevalecer uno solo, de los distintos que integran la sociedad.

Un movimiento político tiende a armonizar los diferentes elementos sociales, con el fin de encauzar las energías individuales, hacia un fin determinado.

Un movimiento revolucionario tiende a aniquilar los factores que se opongan a su programa, con el objeto de obligar al resto de los elementos componentes de un pueblo a obedecer



y a secundar los ideales que haya adoptado en relación con sus anhelos de progreso y bienestar social.

Un movimiento político tiende a obedecer. Un movimiento revolucionario tiende a mandar.

Un movimiento político estudia el presente, sigue el curso de las tradiciones, pretende orientar las energías del pueblo hacia un porvenir, que sea la lógica consecuencia de los hechos sociológicos precedentes.

Un movimiento revolucionario estudia el porvenir, destruye el presente, derrumba las tradiciones y tiene por fin encausar las energías del pueblo, hacia una nueva era, basando sus hechos en las aspiraciones de un nuevo ideal de civilización y progreso.

Un movimiento político tiende a conservar.

Un movimiento revolucionario tiende a destruir.

Un movimiento político espera la acción del tiempo como único factor de la evolución.

Un movimiento revolucionario quiere vencer al tiempo, y lejos de esperar la acción de éste, abrevia por medio de la fuerza el plazo de la civilización y de la felicidad, señalado para los pueblos.

Cuando un movimiento político degenera en revolucionario, fracasa.

Así mismo, fracasa todo movimiento revolucionario que degenera en político.

La mayor parte de nuestras revoluciones, en lugar de traer beneficios al pueblo lo han orillado a la ruina y al desprestigio porque dichas revoluciones, al triunfar, se han transformado en

movimientos políticos, y lejos de destruir todos los obstáculos del progreso y aniquilar todos los enemigos, los han amparado con el purpuro manto del nuevo poder. Los revolucionarios han olvidado su misión, lejos de cumplir con su deber, la mayor parte de las veces, han traicionado el partido que acaudillaban y transigen con los elementos opositores, teniendo para ellos mayores distinciones que las que conceden a los que se sacrificaron en bien de la Causa. Recientemente lo vimos, después de la revolución de 1910, de la que disfrutaron más beneficios y más garantías los enemigos contra los cuales se combatió, que los mismos revolucionarios de aquella época.

Cuando el pueblo esperaba que, con la toma de posesión de la Presidencia del mártir Francisco I. Madero, se borrarán para siempre las odiosas manchas de la tiranía derrocada y se abrieran nuevos horizontes a la actividad, y se hicieran surgir nuevas fuentes a donde el pueblo fuera a apagar su insaciable sed de justicia, cuando la Patria esperaba que de la unión de sus hijos guerreros, naciera la nueva fuerza que había de llevar a la grandeza, cuando se anunciaba la nueva aurora, en medio de los esplendorosos rayos de luz, entonces, cuando el mundo entero vió surcar el Atlántico al viejo déspota y ascender al poder al nuevo ciudadano, en virtud de la voluntad popular, entonces se esperaba que el movimiento revolucionario curara los acervos dolores del organismo social por tantos años affligido, cuando de la voz y de la mano de un hombre dependía la felicidad de un pueblo que había triunfado en los campos de batalla, se esperaba



con ansiedad que todos los actos del nuevo gobierno fueran encaminados a conseguir el verdadero triunfo de la revolución; pero el que había sido Jefe de ella, al ser después Jefe de la República, transformó el movimiento revolucionario que había acaudillado un movimiento político. Se alzó el telón y el pueblo absorto, vió aparecer en el escenario de la administración pública a los viejos caciques contra los cuales se había luchado y fueron cayendo una a una las esperanzas de la sociedad, a medida que el enemigo con el que se había transigido, iba conquistando de nuevo el poder hasta llegar a reaccionar para implantar de nuevo la tiranía vencida. El error consistió en querer gobernar con los elementos representantes de los distintos partidos, en los momentos precisos en que se requería el gobierno de uno solo de los partidos, del partido triunfante.

Los mejores negocios son aquellos en que cada uno de los interesados sale beneficiado, pero el gobierno de un pueblo no debe confundirse con una transacción comercial, allí no se trata de que tengan todos ganancias iguales, el ideal supremo debe ser que el único beneficiado sea el pueblo. Y si esto lo afirmamos con respecto a todos los gobiernos en general, con mucha más razón lo decimos si consideramos que para establecerse el gobierno ha necesitado del sacrificio del pueblo.

Así, pues, si consideramos en general que el gobierno debe de servir al pueblo y procurar su mejoramiento, en los casos en que haya sido necesaria la abnegación por parte del pueblo, con mucha más justicia debe éste de reclamar la ac-

ción por parte del gobierno para conseguir su anhelado engrandecimiento. Si el pueblo ha estimado que su bienestar estriba en el aniquilamiento de los enemigos que lo han explotado y mantenido en la ignorancia, y si para realizar sus aspiraciones ha derrocado a un gobierno para constituir otro en el que ha cifrado todas sus esperanzas y espera de él todas las energías necesarias para destruir todos los obstáculos del progreso, y si éste, en lugar de corresponder a las aspiraciones populares, con el fin de asegurar sus intereses, trata de reconciliarse con los elementos contra los cuales luchó el pueblo, falta a su deber como gobierno revolucionario.

Los gobiernos revolucionarios no son constituidos por los diferentes bandos sociales que integran un país, sino por la voluntad de uno solo de los partidos, del partido revolucionario, y por lo tanto, solamente con éste tiene compromisos que cumplir y debe de hacerlo sin tomar en consideración la voluntad de los partidos oponentes.

Los gobiernos revolucionarios no se han constituido por el voto popular, sino por la fuerza de las armas, y no deben por lo tanto, complacer a la sociedad ni respetarla en sus tradiciones ni en sus intereses, deben única y exclusivamente respetar las aspiraciones y los intereses del partido revolucionario.

Si esto se hubiera hecho desde nuestra primera revolución en 1810, no hubieran tenido lugar las revoluciones y los cuartelazos que se han sucedido desde aquella época hasta la presente.



Desgraciadamente, nuestros mandatarios han confundido la POLITICA CON LA REVOLUCION y ojalá que esta vez el nuevo gobierno, constituido ya en la República por el poder de las armas, avance con paso firme hacia el porvenir sin reconciliaciones y sin clemencia para conducir al pueblo hacia la era de felicidad deseada, destruyendo, sin vacilaciones, todos los obstáculos del progreso para derrumbar el pasado y crear la NUEVA REPUBLICA.



## Las Mentiras de Nuestra Civilización.

**D**URANTE los últimos años de la época Porfiriana sólo aprendimos a alabar al "Héroe de la Paz," porque a ello nos condujeron nuestros Maestros en la Escuela Primaria, y porque así lo aprendimos en los periódicos y libros que más tarde llegaron a nuestras manos. Se nos decía que vivíamos en una era de progreso, que podíamos ya rivalizar en muchos ramos del saber y del trabajo con las primeras Potencias Extranjeras. Cándidamente todos las aceptamos.

Los miles de kilómetros de Vía Férrea que se habían construido para unir a los pueblos; los centenares de miles de kilómetros de alambre que se habían tirado a través de los más apartados Valles para dar al pensamiento alas y para hacer llevar la palabra a los lugares más apartados; los miles de chimeneas que despedían constantemente su negro humo dando aviso del trabajo; las múltiples Escuelas que se abrieron en los pueblos más humildes; las canalizaciones que se llevaron a efecto para mejorar las condiciones del pobre; los miles de Minas que se



explotaron arrancando a las más abruptas montañas los tesoros que encierran; los centenares de Palacios que se construyeron para dar belleza a las Ciudades; los talleres que abrieron sus puertas para dignificar a los hombres ante un mismo Ideal de trabajo; los miles de soldados con que se organizó el Ejército Nacional para dar garantías de paz; los centenares de Juzgados que se instituyeron para satisfacer los ideales de Justicia, reservando para todos los malos el castigo y para todos los buenos el premio; los establecimientos de Beneficiencia Pública que se organizaron para proteger al enfermo, para aliviar las miserias de los desvalidos; los centenares de Hospicios que recogían en su seno a la niñez huérfana y al anciano decrepito; la multiplicación de las Bibliotecas Públicas, la eficacia en todos los ramos de la Administración, no fué todo sino un corrompido oropel con que se trató de cubrir nuestras llagas sociales.

El beneficio de la vergonzosa "Era de Paz" de que disfrutamos bajo la opresión de la espada vencedora en Tuxtepec no fué en realidad para el pueblo. Los acercados al poder fueron los únicos que aprovecharon la callada sumisión de las clases sociales. Los Ferrocarriles, los Telégrafos, los Talleres, las minas, las canalizaciones y las Escuelas beneficiaron únicamente a la llamada clase aristocrática. Los Hospitales, los Juzgados, las Bibliotecas y los Hospicios, sirvieron únicamente como medios de explotación para los que gozaban de influencias en el poder.

Para el pobre jamás hubo justicia, para el hijo del pobre jamás hubo instrucción.

Más de diez millones de habitantes siguieron

en la ignorancia, para ellos el esplendor de los Palacios que habitaron los Ministros solo servía como fustigamiento a su dolor, las Avenidas engalanadas con arcos y Monumentos no aliviaron en nada su miseria.

Hubo mucha abundancia . . . . . pero más de diez millos de habitantes no tuvieron más alimento que un poco de maíz y frijol y sólo pudieron comer carne cuando la quitaron con sus armas a los ricos que habían acaparado grandes ganaderías.

Hubo mucho lujo pero . . . . . más de diez millones de habitantes siguieron vistiendo calzón de manta y calzando huaraches.

Hubo muchos Palacios pero . . . . . más de diez millones de habitantes no encontraron más morada que un humilde jacal donde murieron muchos niños de frío.

Hubo muchas Bibliotecas, muchas Escuelas, muchos periódicos subvencionados, muchos libros que se repartieron gratis, pero . . . . . más de diez millones de habitantes siguieron en la ignorancia sin conseguir dar a su pensamiento una sola verdad, ni un solo principio que le fortaleciera en sus dudas y lo hiciera triunfar en las horas tempestuosas de su conciencia.

Hubo mucha moralidad, muchos hombres virtuosos, muchos ciudadanos honrados, muchos patriotas pero . . . . . más de diez millones de habitantes fueron condenados al vicio y encontraron en él el único refugio a los dolores que martirizaron su conciencia y fueron al vicio para buscar ahí el único consuelo que le negaran la civilización y las Leyes.

Hubo grandes adelantos, se fomentó la Ins-



trucción pero . . . más de diez millones de habitantes fueron a la Iglesia para buscar en ella, dentro de los fríos muros que aprisionaran toda idea elevada de una Deidad Suprema, las verdades que se ocultaron a su inteligencia y cayeron humillados ante la voz de un vulgarizador de supersticiones para buscar allí la Luz velada a sus ojos, para no levantarse sin llevar en su pecho una nueva decepción y laborar al derrumbamiento de su carácter y la muerte de sus aspiraciones.

Hubo muchos Jueces pero . . . más de diez millones de habitantes fueron ultrajados en sus derechos y fueron profanados en su propiedad y en su honor sin poder elevar una queja ni levantar su voz de protesta, porque para los humillados, los poderosos habían cerrado el templo de la razón y la Justicia.

Dadas nuestras condiciones sociales, fué fácil engañarnos y hacernos creer en un falso esplendor y hacernos ver progreso y engrandecimiento donde sólo había ruinas y miseria.


La revolución iniciada por D. Francisco I. Madero, vino a descubrirnos las grandes mentiras de nuestra civilización y surgió entonces de la conciencia del pueblo engañado la maldición y el odio contra el Monstruo Apocalíptico que dejó el País llevándose el pecho cubierto de medallas, pero que jamás podrá volver a él sin que todas las fementidas grandezas en que nos hizo creer se desplomen sobre su cadáver para sepultarlo con el cadáver también de nuestro vergon-

zoso pasado, ahora que nos hemos lanzado a la conquista de nuestros derechos y a la conquista de nuestra felicidad.

Que se hundan para siempre las mentiras y sobre las ruinas de odiosas tradiciones se levante hoy el Templo de la Verdad y la Justicia.







## El Gobierno contra el Pueblo.

LA mayoría de los gobiernos de nuestro país, lejos de cumplir su misión como fuerzas civilizadoras, han sido verdaderos enemigos del pueblo. Sólo nos basta pensar en el nefasto Antonio López de Santa Ana para sentir arder en nuestras venas toda la sangre indignada por el delito de la expatria que cometió vendiendo a los Norte Americanos la mitad de nuestro Territorio. Después vemos en el escenario histórico al tirano Porfirio Díaz perpetuándose treinta años en el poder, esclavizando al pueblo y manteniéndolo en la más completa ignorancia y fomentando el fanatismo. Por último, vemos aparecer al usurpador Victoriano Huerta, decidido a llevar a cabo los más horribles crímenes que manchan nuestra historia y sostenerse a costa de asesinatos en el puesto usurpado por medio también de asesinatos. El Presidente Benito Juárez dictó las leyes de reforma que había de conmover al poder clerical y habían de

iniciar una nueva era, pero que desgraciadamente no había de ser llevado a cabo, porque entre sus sucesores no hubo quien se interesara por el bien del pueblo.

El Presidente Madero quiso gobernar atrayendo a su administración a los elementos con diferentes partidos, y con su obra solo originó su muerte. El pueblo no vio los frutos de su gobierno, y sólo recogió la grandiosa enseñanza de su ejemplo, y lo dispuso al sacrificio en bien de un ideal.

No solo en el desempeño de la Primera Magistratura encontramos la obsesión criminal de matar la idea libertaria en el pueblo, y usurpar de sus derechos y sus propiedades aprovechando su ignorancia, sino que en el Gobierno de cada Estado, y en la administración de cada Jefe Político y de cada Presidente Municipal, encontramos la misma obra de ruindad, y la sucesión de hechos que, encadenados, habían de mantener a nuestra Patria en el lamentable atraso en que hoy la encontramos, y habían de obstruccionar no sólo el progreso nacional, sino el progreso general de las ideas de fraternidad y de justicia universal.

El Gobierno ha temido al hombre instruido, y le ha negado el derecho de aprender. En lugar de fomentar las sociedades de la enseñanza laica, y de proteger las ligas pedagógicas que procuraran el mejoramiento del maestro, se ha unido con el clero y con las sociedades religiosas, para humillar el magisterio nacional y a la Escuela Primaria.

El Gobierno ha temido a la unidad del gre-



mio obrero y ha procurado mantenerlo en completa anarquía y ha procurado fomentar en él la discordia protegiendo con marcada injusticia a unos y persiguiendo con marcado cinismo a otros, habiendo a la vez disuelto por medio de la fuerza, las asociaciones que han organizado, procurando sembrar el terror y procurando mantenerlos en un estado social demasiado humillante, obligándolo a trabajar y callar.

El Gobierno ha temido al pueblo virtuoso, y ha fomentado la explotación de las bebidas alcohólicas, otorgando concesiones a las compañías explotadoras, que tienen en la embriaguez y en el vicio, su único medio de subsistencia.

El Gobierno ha temido al ciudadano, y lo ha perseguido cuando ha querido hacer uso de sus derechos, obligándolo a la vil representación de una comedia electoral, para matar en él toda noble aspiración y todo ideal por servir al pueblo.

El Gobierno ha temido al hombre libre, y ha fomentado el fanatismo dando derechos a los explotadores de dicha debilidad humana, porque ve en el hombre libre un enemigo.

El Gobierno ha temido al hombre trabajador y lo ha obligado a vivir en la miseria sujeto a la voz de un amo y decidido a renunciar a su dignidad para trabajar por un escaso salario con el que apenas ha podido cubrir sus primeras necesidades, sacrificando para ello sus libertades, su amor propio y su honor.

El Gobierno ha temido al patriota y ha pro-

curado con todos los medios que están a su alcance agotar los sentimientos de amor a la patria porque ha estado seguro de que el día en que cada mexicano fuera un patriota, hasta ese día podía sostenerse.

Desde Vicente Guerrero hasta Victoriano Huerta, no encontramos sino una sucesión de enemigos de la patria que salvo el Benemérito Benito Juárez y el Demócrata Francisco I. Madero, han tenido por norma vender la patria. Unos la entregan al norteamericano, otros a un príncipe Austriaco, otros al Clero, otros a los hacendados y otros al Ejército y toda nuestra historia llena de manchas enmudece avergonzada de guardar en sus páginas, los nombres de organizadores de cuartelazos, de los usurpadores, de los pretorianos, de los profanadores de la ley, y de los monstruos que han orillado al pueblo a la más vergonzosa esclavitud.

La misión del Gobierno debe ser mantener un equilibrio, una armonía estable y perfecta entre los derechos individuales y los derechos de la autoridad.

El individuo tiene derecho a expresar libremente sus ideas, y la prensa ha tenido la más odiosa mordaza, que solo este hecho basta para acusar a nuestros gobernantes como enemigos de la libertad del pensamiento. El individuo tiene derecho a asociarse, y nuestros gobernantes criminalmente han violado los lazos de unión y confraternidad que hacen fuertes a los pueblos. El individuo tiene derecho al trabajo, y nuestros gobernantes han protegido a los la-



drones del trabajo, para obligar a diez millones de hombres a vivir en la miseria. El individuo tiene derecho a pedir una justa retribución de su trabajo, y nuestros gobernantes han profanado este derecho, contestando con asesinatos a los que han llevado la voz de la justicia. El individuo tiene derecho a instruirse, porque tiene derecho a la felicidad, pero nuestros gobernantes han perseguido al maestro, obligándolo a una vida de peón, para matar en todo cerebro noble la idea de consagrarse al sacerdocio de la enseñanza; así el gobierno, conviniendo a sus mezquinos intereses, ha obligado a diez millones de habitantes a vivir en la ignorancia.

La autoridad tiene el derecho de perseguir al delincuente. La autoridad tiene el derecho de violar las libertades de quien haya violado las libertades ajenas. La autoridad tiene el derecho de perseguir al calumniador, de privar de sus libertades al ladrón, de aislar de la sociedad al asesino, tiene el derecho de expatriar a los traidores y tiene el derecho de expulsar del seno social, a los extranjeros sediciosos. En una palabra, el único derecho que tiene la autoridad, es el de ADMINISTRAR JUSTICIA.

En muchas ocasiones, las autoridades mexicanas han usurpado los derechos que corresponden al individuo y esto ha dado origen a las continuas revoluciones que registra nuestra historia.

En el estertor de una era que pasa y en la aurora de una era que nace, la nación espera im-

paciente la obra del Gobierno, para ayudarle si ha de encaminar sus actos hacia el bien de la Patria, o para oponerse, con la palabra o con las armas, si ha de seguir las huellas de los gobiernos pasados, convirtiéndose de salvador del Honor Nacional, en enemigo del pueblo, pues habrá una nueva revolución, si hay una nueva injusticia que combatir.







## La Unión es la Fuerza

Hay una vieja Historia.

Un padre tenía cinco hijos, era pobre al morir, iba a dejarlos sin elementos de vida, abandonados a las vicisitudes, y sin recursos para afrontar las circunstancias. No teniendo capital para heredar a sus hijos, quiso dejarles una enseñanza moral, como única herencia, para que les sirviera como arma de defensa en la lucha por la vida.

Al morir llama a uno de ellos y le dice: traé diez varas y llama a tus hermanos para que vengan a recibir la última lección que voy a darles en la vida, y quiero que la aprovechen y la interpreten en todo su valor, porque es el único capital que voy a dejarles.

El niño llevó las diez varas y llamó a sus cuatro hermanos.

Mirad, dijo el padre, y cogió una vara y la quebró, y fué así quebrando una a una de las cinco varas que representaban a los cinco hermanos. Esto que he hecho con tanta facilidad, no podré

hacerlo si uno estas cinco varas restantes, y las ligó fuertemente.

Poniéndose en acción hizo de las varas un haz, e intentó quebrarlas, pero le fué imposible, y dirigiéndose a sus hijos les dijo:

—Si Uds. viven separados, fácilmente serán vencidos, como fácilmente he quebrado cada una de las varas; pero si Uds. viven unidos, será difícil vencerlos, y por lo tanto tendrán más seguro el triunfo en la vida. Esta enseñanza instructiva que acabo de darles, es una lección moral para que la aprovechen, y se acuerden siempre de que no pude quebrar las cinco varas unidas, para que Uds. vivan así siempre, ligados por un mismo ideal, seguros de que de este modo podrán triunfar en la lucha que los espera, porque “la unión es la fuerza.”

Si pudiéramos llevar a la práctica la lección del anciano moribundo, nos uniéramos todos los mexicanos, nos constituiríamos en invencibles, y pudiéramos así garantizar con nuestra unión el triunfo en los rudos combates de la vida. No una, sino muchas causas han influído en nosotros para alejarnos unos de otros, y sembrar profundas diferencias que han ocasionado los trastornos y las guerras fratricidas, que durante un siglo han agobiado nuestra Patria.

Desde luego, la falta de una educación nacional ha venido a causar el desconocimiento absoluto de los grandes ideales que deben alentar a los pueblos para mantenerlos unidos. Mientras en una región de la República se prepara a los niños a una vida regional, en otra se les inculcan diferentes sentimientos, y con el transcurso de los tiempos, las pequeñas diferencias entre los



hombres han engendrado profundas diferencias entre las generaciones, y hemos llegado a constituir diferentes grupos sociales que pueblan un mismo territorio.

Basta observar los caracteres morales de los habitantes de los Estados del Norte para deducir, comparándolos con los de los habitantes de los Estados del Centro y del Sur, que cada grupo social tiene distintas aspiraciones y da distinta interpretación a la vida y los hechos políticos del país, al grado de ser considerados unos y otros como miembros de distinta nacionalidad. La falta de unidad en el criterio pedagógico, ha hecho que cada Entidad Federativa contribuya con su particular sistema de educación, a la muerte del carácter nacional.

La falta de consideración para el obrero, y la decidida protección al capitalista, han originado también las diferencias sociales, que existen de una manera tan marcada en nuestro país, al grado de provocar el odio entre las castas, sostenidas artificialmente por los Gobiernos, y de hacer irreconciliables a dichos bandos sociales.

El Gobierno pues, amparando al rico y humillando al pobre, contribuyó con tan nefasta política al desmembramiento de nuestra nacionalidad, siendo ahora imposible la unión entre unos y otros y considerándose imposible la subsistencia de uno de dichos elementos, en un mismo medio. La actual revolución nos habla elocuentemente de las disensiones entre la clase rica y la pobre y vemos el pueblo todo en masa armado, desidido a seguir la lucha hasta no conseguir extirpar la clase protegida y pide en

nombre de la justicia universal y en nombre de la civilización, el reconocimiento de sus derechos que le han sido negados, porque ha sido considerado indigno de ejercerlos.

El clericalismo, por otra parte, ha hecho asidua campaña en contra de los sentimientos patrios, por convenir a los intereses religiosos, el inducir a los hombres a que obedezcan primero a la Iglesia y después al Gobierno. Comprendiendo que el amor patrio amenaza la estabilidad de la Iglesia, ha procurado conducir a las masas ignorantes hacia la adoración de dioses creados y hacia el desprecio a los heroes, que son las fuerzas morales más poderosas que mantienen unidos a los hombres en la congregación de un mismo pueblo y en la comunión de un mismo ideal de virtud y de justicia.

Impunemente hemos visto al clero enseñar a los niños a odiar a Juárez y a respetar las fiestas religiosas, por considerar que consiguiendo el desconocimiento de los méritos al reformador que dictó las leyes de la libertad de conciencia y consiguiendo que los días de la Iglesia fueran solemnizados pomposamente y visto con indiferencia los días de la Patria, preparaban así a las futuras generaciones a una vida distinta a la vida a que el maestro Laico quería y a pretendido preparar a los niños Mexicanos.

Las diferencias entre la escuela Católica y la escuela Laica, han venido también a engendrar las profundas diferencias entre las actuales generaciones que luchan, unas por exaltar el pensamiento hacia un ideal supremo de fraternidad y de ciencia, y otros por humillar al pensamiento y mantenerlo sujeto a las ferreas cadenas del



fanatismo y del vicio.

El carácter, por otra parte, que se ha dado a nuestro ejército, organizándolo con los elementos más corrompidos de la sociedad para transformarlo en instrumento de la tiranía, ha pugnado con el carácter del pueblo Mexicano, que ha visto con envidia la libertad de que gozan los pueblos extranjeros y ha pugnado con los ideales de justicia que dicho pueblo tiene, llegando éste a considerar al ejército no como el encargado de la defensa de su honor, sino como el encargado de la profanación de sus leyes. Entre las instituciones populares y las instituciones militares, se marcó desde hace tiempo, las diferencias profundas que han originado hoy la idea de considerar al ejército como enemigo de la Patria. Estas mismas diferencias han ocasionado los sentimientos antimilitaristas que transformaron a los ciudadanos pacíficos, en ciudadanos armados cuyo ideal ha sido combatir hasta aniquilar al Militarismo.

Entre el Gobierno y el pueblo ha habido también profundas diferencias y se ha considerado a los representantes, no como los encargados de administrar justicia y vigilar por el respeto a los derechos individuales, sino como los encargados de amparar al crimen y proteger al vicio, concediendo libertades a los explotadores de las debilidades humanas, para que establezcan en plena plaza pública sus tiendas de prostitución. El pueblo ha visto en el Gobierno, una institución inmoral y en nombre mismo de la civilización se ha lanzado a la lucha para combatirlo.

Nuestros gobernantes, salvo honrosas excepciones, han sido los que más han contribuido a

fomentar la desunión y el desmembramiento de la familia mexicana. Descaradamente han protegido única y exclusivamente a los que los han adulado y a los que más se han prestado a todas sus infamias y a todas las injusticias que han cometido; haciendo a un lado, postergando al olvido, despreciando y aun persiguiendo a los hombres de verdadero valer, se han rodeado generalmente de los que han sabido vender su vergüenza, para conquistar un puesto público, y han favorecido con el mayor cinismo a los miembros de su familia, reservando para éstos, los puestos más distinguidos, a pesar de la ineptitud que los ha caracterizado.

El apoyo que han prestado al capitalista y al que se ha prestado a servirle de escalón, ha fomentado profundas discordias y divisiones entre los que fácilmente ponen sus energías al servicio del gobernante, y entre aquellos que ponen sus energías al servicio del pueblo. Los gobiernos lejos de proteger la libertad que es la única garantía del progreso, han fomentado con el dinero del mismo pueblo, el relajamiento de la dignidad de los prestos a venderse y han exaltado por otra parte, el amor propio de los elementos independientes, llegando a formarse dos grandes bandos que cuyas marcadas diferencias, en más de una ocasión, han originado disturbios intestinos.

Para conseguir, pues, nuestra UNION y transformarnos en elementos de una misma familia, ligados por las fuertes cadenas de un mismo ideal, para transformarnos en invencibles, preparándonos así al seguro triunfo en los embates que nos espera, es preciso destruir los obs



táculos que han ocasionado nuestras divisiones.

Fundemos una ESCUELA NACIONAL, COMBATAMOS AL CLERO, DESTRUYAMOS AL MILITARISMO, ANIQUILEMOS EL CAPITALISMO, LUCHEMOS EN CONTRA DEL FAVORITISMO Y DEL NEPOTISMO, para fundar así sobre sólidas bases la UNION NACIONAL.

La UNION es la fuerza: pero nuestra UNION es imposible porque hasta hoy no hemos sido considerados como hermanos, es preciso constituir la fraternidad para que los sentimientos que han de unirnos ante los mismos ideales de justicia y de Patria, nos conviertan en los hermanos invencibles, y ya que no tenemos más que heredar de nuestros antepasados, aprovechemos la experiencia, la dolorosa experiencia de nuestra Patria, para fundar nuestra nacionalidad y legar a las generaciones futuras las enseñanzas de nuestra inquebrantable UNION, que será la única que pueda salvarnos de las ambiciones de los poderosos y de la hecatombe de las instituciones humanas.



## La Obra no está Concluida.

CON la toma de posesión del poder Ejecutivo de la República por el ciudadano Venustiano Carranza, no ha terminado nuestra tarea. El fin que nos habíamos propuesto no era elevar a la Primera Magistratura al C. Carranza, porque nuestras miras no tenían un carácter político, somos los revolucionarios que quieren combatir a todos los enemigos del pueblo, y hoy hemos vencido al ejército, pero aún el resto de los enemigos está en pie.

No era en efecto el ejército federal lo único que debíamos combatir, otros elementos con mayor responsabilidad, quizás en la defensa del despotismo, han quedado sin castigo, y hasta muchos de ellos han sido agraciados con puestos públicos, y creemos que la revolución no concluirá su obra, mientras no consiga vencer a todos los traidores que han mantenido al pueblo en la ignorancia, en la esclavitud y en la superstición.

Somos los revolucionarios que no vendemos nuestras libertades por puestos públicos.

Somos los revolucionarios que no hemos de-



rrotado el despotismo con el fin de crear otro despotismo.

Somos los revolucionarios que luchamos, no por dar al pueblo un nuevo amo, sino por darle las nuevas leyes que lo conduzcan hacia el bien y hacia el progreso.

Somos los revolucionarios que combatimos la superstición para dar al pueblo la verdad.

Somos los revolucionarios que combatimos a los ricos, para dar riquezas al pueblo.

Somos los revolucionarios que pedimos libros y tierras, porque los libros y las tierras son las únicas armas con que se ha de combatir al fanatismo y a la miseria.

El que fué ayer Jefe del Ejército Constitucionalista, es hoy Presidente de la República; todos los ojos están observando sus actos, todos los pensamientos están concentrados en el hoy Primer Magistrado de la Nación, revolucionarios y ciudadanos que ayer fueron indiferentes, todos guardan una actitud de espectadores y esperan del gobierno provisional, las leyes sobre las que ha de bordarse la regeneración del pueblo.

El mundo entero ha presenciado el paso gigantesco que hemos dado; en contra del despotismo; al vencerlo, no terminó nuestra labor; el gobierno ha sido sólo un medio de que los enemigos del pueblo disponían para explotarlo, para robar su trabajo, para condenarlo a la ignorancia, para violarle sus derechos y para despojarlo de sus tierras.

Debido al empuje de las armas revolucionarias, el gobierno pasado fué vencido, pero nos falta ahora vencer a los que convirtieron a dicho gobierno en instrumento de sus crímenes.

En el cambio de gobierno no estriba precisamente el mejoramiento del pueblo, y menos aún si el nuevo gobierno vuelve a ser instrumento de los ricos y del clero, y aprovecha todo su poder material y moral, en mantener al país en la sumisión y para llevar a cabo su voluntad como única ley.

La sangre que se ha derramado, los hogares que se han cerrado, los niños que han quedado en la orfandad, las mujeres que han quedado en la viudez, los obreros que han abandonado sus talleres, todos a una voz, pedirán justicia.

La justicia no nos marcó a los revolucionarios un programa de venganza, pero queremos que a nuestros amigos, si fueron enemigos de la causa, sufran todo el rigor de la justicia social, porque antes que la adhesión personal, apreciamos la adhesión a la causa del pueblo.

La justicia social no será satisfecha mientras no se otorgue a cada quien sus derechos y mientras no se truequen las armas que ayer el C. Venustiano Carranza nos diera en los campamentos revolucionarios, en libros para combatir el vicio y en tierras para combatir la miseria. Cualquier fuerza que trate hoy de contener los ideales del pueblo será débil y mezquina, la avalancha ha principiado su obra y arrollará a todos los inícuos que pretendan enfrenar la voluntad popular, si es preciso derramar más sangre, si es preciso cerrar nuevos hogares, si es preciso dejar más niños en la orfandad, si es preciso seguir sembrando el exterminio y avanzar con la tea en la mano reduciendo a cenizas todos los centros del trabajo y todos los centros de superstición, si es preciso permanecer en tren de